

# NEW LEFT REVIEW 86

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2014

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS Anexiones 5

## ENTREVISTA

SULEIMAN MOURAD Los enigmas del libro 16

## ARTÍCULOS

NANCY FRASER Tras la morada oculta de Marx 57  
ROBIN BLACKBURN Acerca de Stuart Hall 77

## SIMPOSIO

PETER DEWS ¿Nietzsche para perdedores? 99  
RAYMOND GEUSS Sistemas, valores, igualdad 117  
KENTA TSUDA ¿Una comunidad vacía? 128  
MALCOLM BULL La política de la caída 137

## CRÍTICA

ROB LUCAS Xanadú como Falansterio 149  
CHRISTOPHER PRENDERGAST A través del «entre» 159  
ANDERS STEPHANSON Un monumento a sí mismo 168

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el  
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



## CRÍTICA

George F. Kennan, *The Kennan Diaries*, editado por Frank Costigliola  
Nueva York, W. W. Norton, 2014, 712 pp.

ANDERS STEPHANSON

### UN MONUMENTO A SÍ MISMO

Cuando, al final de su absurdamente larga vida, George Kennan llevó a cabo la lectura de sus propios diarios, encontró que dejaban bastante que desear: demasiado centrados en su propio ser aburrido, parcos en referencias a otras personas y en conjunto bastante quejumbrosos. Y estaba en lo cierto. En *The Kennan Diaries*, editados por Frank Costigliola, el autor habla incesantemente de sí mismo. No tiene muchas cosas interesantes que decir acerca de los demás, ni tampoco sobre un buen número de acontecimientos importantes, lugares y movimientos de los que fue testigo o le tocó vivir; y se queja mucho, también notablemente, de sí mismo, porque se considera un fracaso absoluto. De los *Diaries* la entrada que él prefiere es una extensa descripción de una escena, de una atmósfera, un paisaje o un escenario, tal vez con gente, pero sin individuos concretos y sin mucho «sistema». Mientras vive en Berlín, entre 1929 y 1931, y nuevamente entre 1938 y 1941, no hace ningún tipo de mención a los nazis, si exceptuamos una breve alusión a una «pesadilla». En vano buscaremos largas disquisiciones sobre Stalin, Tito, Roosevelt, Truman, Eisenhower, Salazar, Brandt o Schmidt, por citar solo algunas de las luminarias más obvias que Kennan trató, y ello a pesar de que conocía bastante bien a Salazar, a Tito y a Brandt. Incluso los conocidos y los amigos «habituales» visitan rara vez las páginas de su diario: Anna Freud aparece ocasionalmente en 1939, estando los Kennan de vacaciones en Londres; y tampoco tiene mucho que decir sobre ella.

Kennan es una figura única en la historia de las relaciones exteriores de Estados Unidos y de la vida pública del país, pero, presidentes al margen, se trata también de uno de los personajes mejor documentados; solo su amigo Henry Kissinger juega en la misma liga. Kennan no podía dejar de escribir, y de escribir a la manera de un escritor, para el público. A nadie le puede quedar ninguna duda en cuanto a sus puntos de vista, libre y ampliamente expresados. Luego están sus dos volúmenes de memorias —el primero es un clásico estadounidense en su género—, las muchas biografías y tratados, y un sinfín de artículos. Después de estas casi setecientas páginas más, y no tantas sorpresas esclarecedoras, uno no puede dejar de preguntarse cuál es el sentido de estos *Diaries*. Está, por supuesto, el aspecto histórico de la completud: ¿Cómo no tener los diarios de Kennan, si existen? La misma lógica se aplicará presumiblemente a su enorme colección de cartas, unos escritos por naturaleza menos egocéntricos y en esencia más interesantes. Kennan importa, si no por otra cosa, porque ha seguido siendo —invariablemente asociado a la noción de *containment* [contención] de la Guerra Fría— un punto de referencia fundamental para cualquier responsable de la política exterior de Estados Unidos desde la década de 1940 hasta la actualidad. Sociología al margen, estos *Diaries* son también muy reveladores si se leen en clave sintomática, sobre todo cuando se trata de analizar el callejón sin salida en que consiste la política de Kennan. Ese mismo «fracaso», recurrentemente expresado en estas páginas con gran angustia, es razón suficiente para prestarles atención. Precisamente porque en realidad él nunca acaba de «encajar», Kennan nos proporciona una forma de averiguar por qué el hecho de encajar tiene el aspecto que tiene.

La edición de Costigliola es una juiciosa selección de un material inmenso: en total, unas ocho mil páginas de entradas de diario, conservadas junto con el resto de los documentos de Kennan en la biblioteca Mudd, en Princeton. Los comentarios, forzosamente breves, se limitan en gran parte a la cronología. Costigliola da prioridad, acertadamente, a los pasajes políticos, pero también le interesan las reflexiones interiores de Kennan. Como prominente historiador de la diplomacia y de tendencia crítica, en los últimos años Costigliola ha venido centrando su atención en la cuestión del lugar que ocupan las «emociones» en la elaboración de la política y el efecto que ejercen en ella. En este sentido Kennan es un caso interesante: de temperamento muy nervioso, casi obsesivamente introspectivo, con una idealización edípica de su madre, con quien tenía un fuerte parecido y de cuya muerte, siendo él un niño, se sentía injustamente culpable; una madrastra mandona y poco amable; una disposición vital a buscar la compañía de mujeres: de hecho, un gran interés por las mujeres, erótico y no solo erótico. Está también su momento de análisis freudiano a cargo del médico judío húngaro Frieda Por, cuando estuvo de baja con úlceras de estómago en Viena, allá por 1935. «Ya ve usted, doctor

–explicó– carezco de base y fundamento para poder llevar una vida normal, espiritualmente saludable. Y la única manera que tengo de superar esta deficiencia es someterme a mí mismo a una constante disciplina externa». De Kennan aún no se ha escrito una biografía psicológica exhaustiva. El propio Costigliola ha escrito de esta guisa con autoridad sobre Kennan, pero en términos generales su análisis es un poco demasiado fácil para funcionar correctamente como modelo explicativo.

Como Kennan tenía al menos seis «carreras», superpuestas pero distintas, y diferentes maneras de proyectarse hacia el mundo, vale la pena volver sobre su biografía básica. Nacido en 1904, bajo la primera presidencia de Theodore Roosevelt, murió en 2005, bajo la segunda de George W. Bush; mantuvo su filo casi hasta el final, lo suficiente en todo caso para castigar públicamente al Congreso, y especialmente a los demócratas, en 2002 por su pusilánime respuesta a la invasión de Iraq. Los avatares de la vida le llevaron desde una modesta familia de clase media en Milwaukee, Wisconsin, a Princeton y luego al Servicio Exterior. Las entradas más antiguas recogidas en sus *Diaries* describen un relajado viaje de estudiantes por Europa con algunos compañeros de Princeton en el verano de 1924. Kennan ingresó en el Servicio Exterior a la edad de veintidós años, y fue destinado primero a Ginebra y después a Hamburgo en 1927, donde se topó con su primera manifestación comunista: «Miles y miles de personas de pie en la llovizna ante la estación de Dammtor, con sus banderas rojas y brazaletes, escuchando a los oradores declamar sobre cajas de madera, cantando “La Internacional”».

Tuve un extraño deseo de llorar, cuando vi por primera vez a esa gente marchando por la calle: mal vestida, encorvada, embrutecida. Por primera vez en mi vida pude atisbar la verdad real que nutre al pequeño grupo de parásitos rencorosos de Moscú: que estas gentes desagradables, estúpidas e ignorantes eran, después de todo, seres humanos que, tras siglos de callada desesperación, intentaban por primera vez expresarse y afirmarse.

En 1928 fue seleccionado para recibir formación especializada en asuntos soviéticos –toda una novedad en un Servicio de Relaciones Exteriores de corte generalista– en Berlín. «La política está en bancarrota», informó el año siguiente. «La crisis económica impera. Los libros de Remarque y Renn, visibles en todas las librerías, pintan el horror extremo de la *última* guerra, pero nadie tiene la menor idea de cómo evitar la próxima». En marzo de 1931 conoció allí a una estudiante noruega de veinte años, Annelise Sorensen; se casaron seis meses más tarde, un evento que deja poca huella en el diario de Kennan. Con el reconocimiento de la Unión Soviética por parte de Estados Unidos en 1933 y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países, Kennan formó parte de la primera embajada norteamericana en Moscú. «Rusia es un país sórdido, sucio, lleno de bichos, barro, hedor y enfermedad» y, sin embargo, lleno de energía, ya que solo los más aptos

podían sobrevivir en él: «Es esta salud tremenda, esta vitalidad terrenal, lo que atrae al extranjero neurótico y demasiado civilizado». Después de un descanso forzoso en Viena durante 1934-1935 regresó a la Unión Soviética, donde durante 1936-1937 recorrió el Cáucaso: «Cálido sol, polvo, hacinamiento, intensa vida de la calle, pobreza, enfermedad y engaño», al lado de lo cual la «turbulenta y semibárbara Moscú» se antojaba un «bienvenido refugio de cultura, civilización y progreso». En 1938 fue trasladado de regreso a Washington, y después a Praga y a Berlín. Junto con el resto del personal de la embajada estadounidense, Kennan fue internado en el Grand Hotel de Bad Nauheim después de que Hitler declarara la guerra a Estados Unidos en diciembre de 1941.

Liberado en 1942, fue enviado a la embajada de Lisboa y después a la de Londres, antes de regresar en 1944 a Moscú, pasando antes por las de El Cairo, Bagdad y Teherán, todas muy vívidamente descritas. En Moscú pasó a ser un infeliz segundo al mando de Averell Harriman, como precio por haberse opuesto al planteamiento de Franklin D. Roosevelt consistente en favorecer una alianza con la Unión Soviética. «Seguimos empeñados», se quejó, «en dejar las relaciones exteriores en manos de *amateurs*». En 1946, con el enfriamiento político internacional, llegó también su momento: el «Largo Telegrama» de febrero de ese mismo año, que pronto se haría famoso, en el que advertía de la irreductible hostilidad de la Unión Soviética, hizo de él una figura prominente dentro del Gobierno de Truman. No deja de ser decepcionante que Kennan poco menos que abandonara sus diarios durante esos años en que estuvo «en el poder», entre 1946 y 1948, cuando fue una figura fundamental, si no siempre decisiva, en la articulación de todo el proyecto de la Guerra Fría. Sin ese momento, Kennan no sería «Kennan». La longevidad que ha demostrado tener la idea de «contener a Rusia» después de Kennan bien podría corresponderse con el pedigrí que tuvo antes de él.

Kennan había regresado a Washington en 1946 y en la primavera de 1947 fue nombrado jefe del nuevo equipo de planificación política, de hecho, una especie de Estado Mayor que, por un espacio breve pero importante de tiempo, tomó las riendas de la formulación de políticas en el hasta entonces descentralizado Departamento de Estado. En la medida en que el Gobierno de Truman marcó los días de gloria del Departamento de Estado, antes de la aparición del macartismo y de la proliferación de los dispositivos de Seguridad Nacional en la década de 1950, la función de Kennan en la formulación de políticas fue esencial, sobre todo porque él forzaba las respuestas. En el verano de 1947 su reputación exterior quedó grabada en piedra gracias al «artículo X», publicado en *Foreign Affairs*, que supuestamente inventó la estrategia de *containment*, que en realidad era más una postura que una estrategia o incluso que una política. La única entrada en

los diarios en todo el año 1947 es un poema autorreferencial sobre quien «ha oído el susurro de la túnica del dios del tiempo / y se las ha ingeniado para tocar el borde resplandeciente».

Sin embargo, después de haber adoptado una posición «de rechazo» sobre las relaciones con Moscú entre 1945 y 1947, Kennan comenzó a oscilar hacia la diplomacia y la política de acuerdos en 1948, oponiéndose a la creación de la OTAN y a la decisión de seguir adelante con la bomba de hidrógeno. En 1949 escribió que la política estadounidense de construcción de Alemania Occidental «me llena de presagios»; lo que significaba que no habría acuerdo con los rusos sobre «nada de importancia» y que se estaba volviendo «cada día más difícil ver cómo este bloqueo se puede llegar a resolver por medios pacíficos». Tras las etapas iniciales de la Guerra de Corea, en la que abogó por una intervención militar inmediata para imponer un regreso al *statu quo* anterior en lugar de forzar la unificación, Kennan abandonó efectivamente el Departamento de Estado para incorporarse en el Instituto de Robert Oppenheimer de Estudios Avanzados, en Princeton. (En 1952 ejerció una temporada corta y desastrosa como embajador en Moscú, donde acabó siendo declarado persona *non grata* por las autoridades soviéticas después de que, en un momento de descuido, las hubiera comparado con los nazis). En 1953 «se prescindió» formalmente de sus servicios, es decir, fue despedido por John Foster Dulles, una experiencia humillante que reviviría cada vez que visitara el Departamento de Estado. Después de 1953, aparte de un destino en 1961-1963 en Belgrado a instancias de Kennedy, permaneció básicamente en el Instituto. Se convirtió en un historiador, principalmente de las relaciones soviético-norteamericanas, pero también de la diplomacia europea anterior a 1914; en un intelectual público, preocupado por las relaciones exteriores de Estados Unidos, así como por las cuestiones de la cultura de masas y de la política interna; y –hay que decirlo, ya que, con razón, él se tomó esto muy en serio– se convirtió también en un escritor.

Por encima de estas carreras vitales –Servicio Exterior, experto soviólogo, responsable político, intelectual público, historiador, escritor– y permeándolas todas había un conjunto de formas de pensar el mundo, impulsos y deseos protopolíticos no siempre coherentes. Kennan mantuvo hasta el final su lealtad al Servicio Exterior, que, según se desprende de sus *Diaries*, concebía en términos utópicos como el brazo civil del Estado, el contrapunto disciplinado a las fuerzas armadas en tiempo de guerra. El propio Kennan, sin embargo, no era precisamente un diplomático ordinario. Detestaba la trivialidad de las relaciones diplomáticas y la etiqueta, «la vacua y transitoria» existencia de la vida diplomática. En cambio, siempre que le fue posible se concentró en la redacción de informes analíticos y por esa vía logró elevarse a la posición de formulador de políticas. La práctica de Kennan como diplomático, hay que decirlo, fue en su mayor parte extraordinaria: tacto, discreción, lenguaje en

clave, visión realista de lo que es posible, negociación de intereses, manejo de las crisis. En las relaciones exteriores tendía en consecuencia a ser un realista estricto: los intereses institucionalizados actúan de manera interesada y es absurdo someterlos a un cierto estándar normativo universal cualquiera, ya que todos los intereses, en tanto que intereses, son particulares y hay que reconocer lo real por lo que es. De ahí su oposición radical a todo lo que considerara «idealismo norteamericano», es decir, la imposición de normas estadounidenses al mundo en general. Esto explica también su oposición a cualquier cosa que olera a lo que su compañero realista Walter Lippmann llamó una vez «globalismo ideológico», el tipo de postura universalista expresada por ejemplo en la Doctrina Truman.

Para Kennan el problema realista —en absoluto insignificante— lo representaba la Unión Soviética. Hasta la década de 1950 no supo qué posición adoptar sobre el Kremlin y el realismo, porque era incapaz de entender el lugar que ocupaba la ideología. Nunca bien versado en los fundamentos del marxismo soviético, a pesar de años de vivir de hecho inmerso en él, tendía a considerar la ideología como algo distinto de los intereses realistas, cuando en realidad lo cierto es que no había discrepancia entre el marxismo de Stalin y los intereses de Stalin, lo que hacía que la Unión Soviética fuera en efecto mucho más «tradicional» en su posición internacional que Estados Unidos. De vez en cuando Kennan «olvidaba» la ideología y lograba percatarse de esto. En septiembre de 1944 esperaba que, si las potencias occidentales asumían una postura realista sobre Europa del Este, diferenciando los intereses esenciales de los no esenciales, habría espacio para el acuerdo con Moscú. Su instinto básico, sin embargo, que se remontaba a su experiencia del Tercer Periodo y se plasmaba de forma manifiesta en los *Diaries*, fue insistir en que Moscú estaba inclinado, por una cuestión de civilización, a la destrucción de Occidente y que no conocía el compromiso. Este fue el fundamento último de su postura de «rechazo»: el régimen soviético era anormal, impermeable a los preceptos ordinarios (realistas) de las relaciones internacionales, pero, en cambio, sensible al «contrapoder».

Inconscientemente o no, Kennan había proporcionado, con sólida e incuestionable legitimidad, «globalismo ideológico» al ámbito doméstico: el régimen soviético era por sí mismo una guerra fría, una lucha existencial a muerte, y Estados Unidos tenía que asumir la responsabilidad de contrarrestarlo. En 1948 Kennan había cambiado de opinión de nuevo porque se había «olvidado» de la ideología. Una serie de victorias occidentales —las elecciones italianas, la defección de Tito, el Plan Marshall— había vuelto la situación, en su opinión, coyunturalmente propicia para un acuerdo sobre Alemania y para un cierto deshielo de la situación en Europa. Bien puede ser que tuviera razón, pero estaba enturbiando las aguas. Todo el sentido de la «amenaza soviética» no versaba sobre la amenaza en sí, sino sobre el

hecho de que allanaba el camino para el globalismo estadounidense, convirtiéndolo de facto en una verdad evidente. Empezar negociaciones realistas con Moscú eliminaría toda la premisa de esa operación y, con ella, el consenso impecablemente funcional en torno a la emergente Guerra Fría. A Kennan le llevó mucho tiempo darse cuenta de esto. Y así se encontró a sí mismo en el papel de exasperado embajador en Moscú durante el último año fantasmagórico de Stalin con el cometido de no hacer absolutamente nada; la única postura políticamente correcta de Estados Unidos, como él reconocía, consistía en el absurdo de exigir el fin del régimen soviético, su rendición incondicional. Esto no es lo que hacen los diplomáticos.

A medida que avanzaba la década de 1950 la posición de Kennan fue haciéndose cada vez más realista con respecto a Moscú, hasta el punto de acabar aproximándose más a la postura oficial soviética que a la de Estados Unidos. Había terminado por ver en Moscú un régimen autoritario de naturaleza más o menos «convencional», no intrínsecamente condenable en circunstancias adecuadas. Su disgusto, desprecio, de hecho, por la «ideología», tan recurrente a lo largo de estos *Diaries*, para entonces se había trasladado al «nacionalismo». Siempre le había disgustado el nacionalismo, como le disgustaba toda movilización del sentimiento de masas; pero en la década de 1950, con la descolonización en el horizonte, le obsesionaba la variedad del Tercer Mundo, nacionalismo que consideraba casi peor que el bolchevismo de la primera época. «No nos engañemos a nosotros mismos en la creencia de que los chauvinismos locales fanáticos de Oriente Próximo representan una fuerza que podamos ganarnos o atraer de forma cómoda y segura hacia nuestro punto de vista», escribió cuando el Gobierno de Mossadeq en Irán se dispuso a nacionalizar los campos petrolíferos. Otro tanto pensaba de los árabes: «Ya en 1954 hice hincapié en la locura que suponía ceder estas reservas de petróleo del golfo Pérsico a los jeques locales». Lo cual tampoco es que se tradujera en ningún tipo de apoyo a Israel: el intento de Kennan de advertir a la Administración de Truman en 1948 de que «al copatrocinar el establecimiento del Estado de Israel ante la continua oposición de los líderes árabes estábamos creando un problema que quizás no pudiéramos resolver de forma pacífica» no tuvo «ningún efecto, aparte del de ganarme un recordatorio desde la Subsecretaría de Estado de que el nuestro era un país en el que las consideraciones políticas internas, incluso cuando afectaran a los intereses de una minoría de nuestros ciudadanos, tenían prioridad sobre las consideraciones de interés nacional», como amargamente recordó en 1991.

Los *Diaries* documentan de forma prolija y sin tapujos su distanciamiento de la corriente política dominante en Estados Unidos. Kennan salió del país a la edad de veintitrés años y no regresó de forma permanente hasta los cuarenta y dos. En todo momento se mantuvo políticamente idiosincrásico,



a la manera de un *outsider* clásico, «una minoría solitaria de uno», como él dice en estas páginas. Si fue así, en parte fue por elección propia. No se unió a nada ni se asoció, en general, con nadie. Sus contados gestos hacia la política organizada –Adlai Stevenson en 1956, Eugene McCarthy en 1968, Frank Church en 1976 y, en un registro diferente, el Comité del East-West Accord– fueron vacilantes y a menudo luego lamentados. Con el mismo talante desmotivado formó parte de una tentativa más bien inepta, a finales de 1950, de formular algún tipo de programa de oposición al margen de los partidos establecidos. Tal y como lo describe en los *Diaries*, tres figuras de lo más dispar, Erich Fromm, Norman Thomas y David Riesman se acercaron a la granja de Kennan en Berlín Este (East Berlin, Pennsylvania, así bautizada en el siglo XVIII) solo para llegar amigablemente a la conclusión de que no podían ponerse de acuerdo. En 1981 sí se unió a McGeorge Bundy, Robert McNamara y Gerard Smith (un exnegociador del SALT) para exigir la renuncia por parte de Estados Unidos al principio del «primer uso» de armas nucleares. Fue una acción aislada que reiteraba en un marco colaborativo la posición que Kennan venía largo tiempo defendiendo. En aquella ocasión reconoció, por una vez, que en ese marco el efecto sería mucho mayor.

Mientras tanto, la minoría de uno, como él mismo señala con extrañeza en 1987, era «probablemente la persona privada más ampliamente honrada en el país»; pero el montón de honores no se correspondía con impacto real alguno, cosa que Kennan encontraba desconcertante. Sin embargo, no había en ello ningún misterio. Su falta de impacto tenía que ver con la naturaleza de su posición, o posiciones, cuyo rango iba desde lo impracticable, y a veces tonto, hasta lo inteligente y sensato pero políticamente imposible. Aunque en ocasiones sí tuvo una cierta resonancia en la política exterior del país (así, con la polémica en torno al repliegue, tras sus Conferencias en Reith, en 1957 y 1958; tras su testimonio ante el Senado en 1966 contra la Guerra de Vietnam; o con sus ataques a las armas nucleares a principios de la década de 1980), en general fue precisamente la ausencia de cualquier identificación política viable, unido a su condición de intelectual público eminente y finalmente venerado, lo que lo convirtió en objeto adecuado para la recepción de honores. Kennan nunca fue una amenaza. Sin formar parte del *establishment*, tenía fácil acceso a él y nunca lo rechazó.

Como crítico de la Guerra Fría en ocasiones sus posturas se superponían a las de la izquierda, y compartía algunos pareceres con otra figura muy peculiar, William Appleman Williams. A finales de la década de 1970 ambos habían pasado a ser «regionalistas-comunitaristas»; por entonces Kennan abogaba por la disolución de Estados Unidos en regiones, pues consideraba su forma nacional como un exceso ridículo y disfuncional. Formulada medio en serio, fue una propuesta con la que Williams coincidía por completo; pero la crítica abierta de Kennan no tenía nada que ver con ningún

tipo de liberalismo progresista, ni mucho menos con la izquierda. Ya desde la década de 1930, en realidad su posición se identificaba con cierto tipo de comunitarismo ultraconservador, unido a un rechazo casi total de la modernidad industrial. Entre todas las cosas que encontraba repelentes, como explica libremente a lo largo de los *Diaries*, nada comparado con el automóvil y sus fenómenos asociados: la expansión suburbana, la congestión, la destrucción medioambiental, la disminución del transporte público y en particular del ferrocarril, los centros comerciales, la atomización, el letargo físico... Únicamente la televisión, la producción industrial de imágenes de masas y de propaganda publicitaria le irritaba casi tanto (murió antes de que pudiera llegar a comprender todas las implicaciones de Internet). Estas denuncias suyas, bien lo sabía él, no tenían mucha resonancia en la cultura política de Estados Unidos. Más sorprendente es quizá que en sus *Diaries* lamente de manera elocuente el declive de Noruega (a su juicio, por culpa del petróleo), donde veraneaba año tras año con Annelise, que era una persona con los pies en la tierra. Fiel a sus convicciones agrícolas, nunca era más feliz que después de un arduo día de trabajo agotador en su granja de Pennsylvania.

Hemos recorrido un buen trecho desde el «realismo». No hubo, en este universo suyo, ni fuerzas ni sistema alguno, sino tan solo decadencia e incapacidad psicológica para afrontarla. Como Kennan mismo señaló hacia finales de la década de 1950, nunca hubo un lugar y un tiempo para él «donde el presente no pareciera representar un deterioro en comparación con el pasado». Lo que aquí está declinando es, obviamente, algo vagamente percibido como la civilización occidental, una edad de oro de la que nunca se llega a especificar nada, ya que era un poco una fantasía. Su función era su propia postulación, por así decirlo. La psicologización, por su parte, servía como sustituto de cualquier explicación social, materialista o histórica. La Revolución rusa se produjo por culpa de una coyuntura verdaderamente espantosa, a su vez ocasionada por la locura de la guerra occidental intestina; pero la «causa» última fueron las deficiencias psicológicas de ese grupo de intelectuales descontentos que componían la dirección bolchevique. La incapacidad para enfrentar la realidad, los celos y la hostilidad, el *ressentiment* nietzscheano con mayúsculas, crearon luego su propio aparato y el contraaparato. Lo mismo se puede decir de los intelectuales del Tercer Mundo y de los líderes de la década de 1950, por no mencionar a los estudiantes radicales de la década siguiente. La decadencia de Occidente, por otra parte, sobrevino principalmente por una falta de nervio y de fibra moral, y por una transgresión psicológica anclada en la masa y en quienes cínicamente explotaron sus inclinaciones perversas. ¿La solución? En la década de 1930, típicamente, Kennan había imaginado una salida de tipo aristocrático-elitista en nombre de una inteligencia autoritaria: un sistema capitalista de Estado gestionado

por expertos tecnocráticos en beneficio de la totalidad. La Segunda Guerra Mundial puso fin a eso. Por lo tanto, para él no habría ya solución alguna, regeneración milagrosa al margen.

Estamos ante una modalidad decididamente no dialéctica de pensamiento: que no se ocupa de lo real y sus posibilidades contradictorias, sino que impone precisamente el tipo de marco idealista que tanto disgustaba a Kennan en el ámbito de las relaciones exteriores. Sin embargo, fue también este componente «civilizacional» el que, junto con su realismo clásico, hizo de Kennan un oponente tan acérrimo en todas las cuestiones nucleares. Las armas nucleares representan la transgresión y el exceso. Ciertamente, habían puesto fin a la noción de la guerra en tanto que medio racional de la política de Estado. Quedaba la gestión de la diferencia, que es lo que los diplomáticos hacen, o se supone que deben hacer, como Lippmann tuvo ocasión de recordarle una vez. El antónimo de «diferencia» – como también el de separación, distancia y alienación – es «intimidad», un término clave en el repertorio de Kennan, que es por lo general de tipo psicológico con connotaciones culturales. La intimidad es la verdad de la civilización, de la comunidad y de las relaciones entre los individuos cuando son realmente estrechas. Es una cosa rara que, en la vida real, probablemente él experimentara más a menudo con las mujeres que con los hombres. La diferencia, por lo tanto, es la realidad y la norma y debe ser reconocida, respetada y mantenida por lo que es: algo situado a una cierta distancia que requiere formalidad y reserva. La diferencia es susceptible de someterse a la descripción y al análisis, pero el conocimiento que aporta no es como el que se adquiere a través de la convivencia íntima.

Aquí, en algún lugar, se encuentra la explicación, egocentrismo al margen, de por qué Kennan no pudo nunca escribir ficción. Este fue quizás el mayor de los muchos fracasos que lamentó en su vida, pues era su ambición más alta. Si ya le costaba escribir sobre personas reales, era, como él mismo reconocía, totalmente incapaz de inventar un personaje de ficción. Quizá no podía novelar a partir de personas reales, por estar demasiado distantes o demasiado cerca: en ambos casos era una invasión de la privacidad. Su visión y su imaginación, por su parte, no se extendían a la fabricación de personajes. Podría haber intentado la ficción histórica. Podía escribir imaginativamente, de hecho íntimamente, sobre una figura histórica como Nikolai Giers, ministro de Asuntos Exteriores de Alejandro III: prudente, juicioso y civil, respetuoso de los intereses de los demás, pero en retrospectiva una figura trágica, ya que se vio obligado a diseñar la «fatídica» alianza franco-rusa, que en última instancia condenó al régimen. Kennan retrata la situación existencial de Giers con claridad inolvidable. Los Giers de este mundo llevan una vida solitaria, y van luchando contra los elementos en el camino hacia una derrota segura. Así Giers, después de todo, es solo una proyección del propio Kennan.

# NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

## Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número  
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

## Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

## Resto del mundo\*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

\* Excepto en la República del Ecuador. Para dicho país deben contactar con el Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN (<http://iaen.edu.ec>)

## Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)